

El significativo, siempre admirado y siempre impugnado filósofo de la Historia, nació el 29 de mayo de 1880 en Blankenburg, en el Harz, hijo de un funcionario del Correo local y de una madre en cuya familia se había cultivado el teatro y la música. Estudió Matemáticas y Ciencias Naturales en Halle, con vistas al profesorado secundario, y admiraba desde esos años a Darwin, Haeckel, Nietzsche, Wagner, Ibsen. Pero su disertación doctoral estuvo centrada en un tema filosófico, en el pensamiento de Heráclito: ya en el trabajo juvenil está contenido el rumbo futuro de Spengler, patéticamente expresado en la idea de un movimiento siempre cifrado en la lucha de los contrarios. Su docencia en gimnasios se interrumpió definitivamente en 1911, estableciéndose para siempre en München, donde, tras de fracasados ensayos literarios, nace el gran proyecto de su vida intelectual. La crisis de Marruecos (Agadir), en que la política exterior de Guillermo II se enfrentó ya con la Entente anglo-francesa, fue —escribe seis años después Spengler— el verdadero comienzo de la Guerra Mundial, y la ocasión inmediata de su "Decadencia de Occidente". La obra fue elaborada entre 1911 y 1917 en München, en años de terrible soledad personal y bajo la presión de los acontecimientos bélicos estremecedores para su hondo sentimiento nacional. El "sino" de la obra fue el ser escrita justamente en esos años.

La obra de este desconocido, que vino a publicarse en 1918, desató por un lado la indignación general de la ortodoxia científica y del gremio de historiadores —y por otro lado la admiración y fascinación del público cultivado: el título mismo, en la coyuntura alemana de 1918-1919, daba al libro un rasgo sensacional y profético. "Un libro semi-genial y semi-dilettantesco", lleno de "un naturalismo místico", lo describe Karl Vossler. Una gran revista filosófica, "Logos" dedica su fascículo 1920/21, insólitamente titulado en la portada "Spenglerheft", a un conjunto de artículos destinados a desvanecer el "falso valor", en nombre de diversas disciplinas, tratadas por grandes especialistas; sin embargo, casi todos ellos reconocen el interés de la obra. La crítica que a nuestro juicio es la más valiosa es la del historiador de la filosofía Karl Joël. Reconoce desde luego la fecundidad de la idea de un "alma de la Cultura", expresada en símbolos primordiales; pero, al

aislar atomísticamente las culturas, al negar la posibilidad de transferencia de valores, Spengler —dice Joël— niega la Historia Universal, pues ella se convierte en una serie de mundos vegetales incomunicados; el Bios triunfa sobre el Logos; el Relativismo mata el "entusiasmo" anímico, que para Goethe era el gran servicio de la Historia a la Vida. Al querer determinar dictatorialmente el futuro, Spengler significaría un anti-humanismo, una concepción naturalista, a pesar de tantas afirmaciones suyas de signo opuesto.

El tomo II de su obra (1922) no modificó gran cosa la actitud del mundo científico alemán. Pero, poco antes de morir, el gran sociólogo y teórico de la Ciencia Histórica, Georg Simmel, expresaba que el sistema de Spengler era "la más importante filosofía de la Historia desde Hegel" —lo que provocó una ingenua alegría en el combatido autor. Más tarde, en un Congreso de historiadores de 1924, Eduard Meyer, el gran historiador de la Antigüedad, pronunció un juicio favorable en lo esencial a Spengler, sin adherir sin embargo a analogías culturales que consideraba a veces forzadas. Eduard Spranger, tan importante en las ciencias histórico-espirituales de su tiempo, a pesar de criticar la negación de la libertad en la Historia, que se contenía en el pensamiento spengleriano, y sobre todo su Relativismo de verdades y valores, decía privadamente "es el Grande de nuestro tiempo".

La controversia sobre Spengler sigue desarrollándose en las décadas del 1920, 1930, hasta 1950, y constituye un tema interesante para la historiografía europea, y no muy conocido, al menos entre nosotros. Collingwood le reprocha, en la revista "Antiquity", en 1927, el aislamiento de las culturas: si podemos conocer a Grecia, escribe, es porque ella vive todavía en nosotros. Le reprocha también desconocer la continuidad que existe entre la Barbarie primitiva y las Altas Culturas: ya Vico había descubierto que de la matriz de la Barbarie surgían las edades heroica y humana. Ignoraría también Spengler que en toda cultura hay tendencias antagónicas a la dominante, ignoraría la coincidencia de los opuestos, una idea filosófica fundamental (cargo que, sin embargo, es injusto: Spengler ha escrito que "defender algo o combatir contra ello, significa solamente expresiones distintas de las mismas condiciones internas").

El cargo más insistentemente repetido contra el sistema spengleriano es que la civilización planetaria de hoy ya no es la "civilización de Occidente"; ya no hay culturas ni civilizaciones singulares, dada la universalidad del pensamiento científico-técnico, que transcurriría en sentido lineal. Pero Spengler se mantuvo firmemente en su afirmación inicial: en "El hombre y la técnica" (1930) y en "Años de decisión"

(1933) ve en la técnica actual un símbolo del alma nórdica de dominación del espacio; para los otros pueblos es algo aprendido, que sin embargo pueden emplear en el mundo de los hechos contra Occidente. Tal es el pronóstico de "Años de decisión" sobre la "revolución mundial de los pueblos de color", uno de los más acertados pronósticos spenglerianos. Fernand Braudel, gran enemigo de Spengler y de Toynbee, en su artículo para la "Encyclopédie Française", por el distanciamiento que ellos tienen, según Braudel, frente a la civilización material, no vacila sin embargo en admitir que un rascacielos de Moscú no es lo mismo que un rascacielos en Chicago.

Una confrontación interesante es la de Spengler y Frobenius. Este último se convierte desde luego en admirador profundo del primero, de su Fisiognómica cultural, de sus grandes intuiciones, de su simbólica. Pero recaba para sí el haberse aproximado con principios y métodos similares al mundo que para Spengler no es Historia, sino Naturaleza: el mundo de las culturas primitivas, que él exploraba en Africa desde la última década del siglo XIX. La inicial amistad se transformó más tarde en amargo distanciamiento. Ambos han hecho en verdad Morfología Cultural, pero el uno como etnólogo y el otro con una mirada histórico-universal. Spengler insiste más tarde que la escuela histórico-cultural o de los Círculos Culturales, a que se adscribía Frobenius, acumula y ordena restos por donde ha pasado la Historia, en tanto que él quiere aprehender la Historia misma que deviene.

El Spengler que, gracias sobre todo al influjo de Eduard Meyer, va enderezando su interés hacia la Protohistoria, al inmenso período transcurrido entre el Neolítico a las épocas "clásicas" de las Culturas Monumentales, nos ha dejado sobre ese campo varios fragmentos más o menos extensos, desde 1924 en adelante. Un excelente compendio de esos estudios en 5 páginas, es el titulado "Antigua Asia" ("Altasien"), donde plantea la existencia de grandes áreas amiboideas, no ligadas a un paisaje materno como las Altas Culturas, extremadamente fluidas, divididas en poblaciones con nombres cambiantes. En fragmentos publicados en la década del 1960 llama a esas áreas culturas, "c"; la Prehistoria formaría las culturas "a" y "b"; las Altas Culturas, "d". Por las rutas comerciales inmemoriales circularían en la Protohistoria asiática los mitos, la astronomía, las técnicas, las armas, el Arte. A mediados del segundo milenio avanzan sobre el Asia los indogermanos con el carro de guerra tirado por caballos, que aportan el espíritu heroico y señorial, dominando sobre los agricultores de los grandes valles. Y desde 300 d.C. se repite el avance de los nórdicos germanos y los nómades hunos, que destruyen el Imperio Romano y atacan los imperios

chino y persa. Hay pues en la historia eurasiática oleadas que vienen del Norte hacia el Sur y el Oeste, de pueblos conquistadores que se sobreponen a los mundos constituidos tres milenios antes de Cristo; sólo en el caso del Islam tenemos una dirección inversa, de Sur a Norte, Este y Oeste. Incluso en la misma Europa Occidental, Spengler, en sus trabajos tardíos, publicados desde 1960, contraponen el Norte creador al mundo Mediterráneo moderno, más bien pasivo y receptor. Le sigue interesando el mundo heroico y trágico: los indogermanos invasores del Asia, los alemanes desde los Emperadores medievales hasta Bismarck.

Pero en el Spengler tardío, junto al interés histórico, está el interés que él denomina metafísico, en un sentido diverso del formalmente filosófico. Desde 1924 anota fragmentos sobre lo que denomina "Preguntas primordiales" (Urfragen), fragmentos que discurren paralelos a sus ensayos sobre la Protohistoria y la historia asiática en el segundo milenio A.C. Metafísica es para él plantear "preguntas eternas". El verdadero fin del conocimiento, dice, es la pregunta; los medios, el método, es la respuesta. "Las últimas preguntas no tienen respuesta, ellas mismas son la respuesta".

Spengler subraya siempre el carácter fundamentalmente trágico del hombre y de las culturas: el hombre es un ser imposible por esencia; "es un elemento de la Naturaleza viviente que quiere superar y abolir la Naturaleza, que es creador contra la Naturaleza". "A medida que sube el nivel cultural —escribe en "Urfragen"— este carácter se hace más patente, y también se agudizan las contradicciones. El *tempo* de las catástrofes es más agitado, y la conciencia se hace más intensa, hasta que al final de la Civilización la conciencia histórica se desvanace: es lo que Nietzsche llamaba el Último Hombre —el que solamente se interesa por su felicidad. En "Frühzeit der Weltgeschichte" escribe: "La Historia Universal es el remate de un insoluble conflicto entre Alma y Espíritu, creador de un desgarramiento anímico, una lucha desesperada y autodestructora de la vida del Alma, cuya imagen temporal son batallas, reyes, religiones y técnicas. Hay un poder vital que las dirige y se sirve en sus combates del Espíritu, de la Religión, la Técnica y la Moral". "Espíritu es pues para Spengler, como para otros pensadores vitalistas (así Ludwig Klages), el Entendimiento puro, desligado del Alma; no es el Espíritu viviente de San Agustín, de Goethe, de los románticos. El vitalismo spengleriano proviene, evidentemente, de una de las vertientes del último Nietzsche— a quien por lo demás consagró uno de sus más finos y hermosos ensayos fisiognómicos, "Nietzsche y su siglo", pronunciado en Weimar ante la hermana del gran

pensador al celebrarse el 80° aniversario de su nacimiento, en 1924. El pan-tragicismo spengleriano está mucho más cerca de Nietzsche que de Goethe, a quien, sin embargo, atestigua siempre una suprema admiración.

En fin, está el Spengler político. Su posición personal ante el régimen de Weimar fue constantemente la de un hombre de la Derecha Nacional (creo mejor caracterizarlo así que el incorporarlo a la "revolución conservadora", conjunto de corrientes que mantiene una nostalgia religiosa, o un neo-romanticismo, o un platonismo).

Este sajón es un incondicional admirador de Prusia, de Federico el Grande, sobre todo de Bismarck: en Prusia, piensa, hay "estilo", hay "forma", hay una tradición de Deber y de Servicio que desciende desde el Rey "Primer Servidor del Estado" hasta los hombres de armas y los funcionarios públicos. En "Prusianismo y Socialismo" no vacila en asimilar el sentido prusiano del Estado con un auténtico Socialismo, bien diferente por cierto del Socialismo marxista y de la Democracia parlamentaria burguesa.

El Epistolario (publicado recién en 1963) nos lo muestra interesado, sobre todo hacia 1920-1924, en la política cotidiana de Alemania; el inmenso éxito de su obra le sirve para ser escuchado por políticos e ideólogos de Derecha (era el período en que la Derecha gozaba el favor de la juventud y de gran parte de la Inteligencia), por Generales, por grandes industriales: la suerte de la gran industria alemana le interesaba, no en virtud de una idea económica, sino como un instrumento de poder nacional.

La relación con el Nacionalsocialismo refleja sobre todo su prusianismo nórdico. Este sajón, a pesar de haberse aclimatado (no muy fácilmente al principio) en München, no sintió nunca una simpatía vital por un movimiento de masas, "popular" más que estatal, fundado por un austriaco y propagado inicialmente en Baviera. Aunque lamentó el proceso contra Hitler después del fracasado putsch de 1923, se resistió a colaborar en revistas del Partido, a lo que lo invitaba el ulteriormente jefe disidente Gregor Strasser. Su única entrevista con Hitler ocurrió en el Festival de Bayreuth de julio de 1933: una hora y media de conversación sobre Francia y sobre los problemas políticos del luteranismo. El diario de su hermana nos narra que nuestro autor le dijo de Hitler después de la entrevista. "No es sustancial (o significativo: "bedeutend"), pero quiere *algo*, obra *algo*, se le puede decir *algo*". Pero en agosto de ese año, un mes después, lanzaba "Años de decisión", uno de los mejores diagnósticos y pronósticos del siglo. Aunque naturalmente afirma de partida su aborrecimiento auténtico al régimen de

Weimar y a las revoluciones comunistas alemanas de 1918-1919, crítica sin embarazo alguno el fanatismo masivo, la cortedad de vista en materias internacionales más fundamentales, después de todo, que las creencias ideológicas y la política interior, de parte del Nacional-socialismo ya en el poder. Anuncia un largo período de guerras y de revoluciones mundiales como rasgo capital de la época iniciada desde 1914, pero que puede durar más que el siglo. Con todo, también, declara no poder juzgar definitivamente a un régimen que recién ha comenzado. Pero los últimos párrafos de la obra son políticamente los más "peligrosos". "Avanzan en la lucha —escribe— las Potencias elementales de la Vida, una lucha al Todo o Nada. Las formas que prefuldian el cesarismo se harán pronto más determinadas, conscientes, manifiestas. Caerán del todo las máscaras de la época de transición parlamentarista... Las configuraciones fascistas de este decenio se transformarán en otras imprevisibles, y también se desvanecerá el Nacionalismo al modo de hoy. Permanece como único poder formador el estilo guerrero, "prusiano", no solamente en Alemania, sino en todas partes. El Destino, antaño encarnado en figuras llenas de significación y de grandes tradiciones, hará en adelante la historia a través de poderes particulares informes. Las legiones de César estarán en vigilia. Aquí, tal vez en este siglo, las grandes decisiones esperan a su hombre. Ante ellas caen en la nada los pequeños fines y los conceptos de la política actual. Aquél cuya espada gane la victoria, sera el señor del mundo. Ahí yacen los dados del inmenso juego. ¿Quién se atreve a arrojarlos?"

El Partido se vengó en los ataques de revistas oficiales, pero Hitler, que recibió de su autor "Años de decisión", rehusó prohibirlo. Bastó el silenciamiento en la propaganda pública. En cambio fue saludado por un escritor judío del Círculo de George, Karl Wolfskehl, que en otro tiempo había recomendado a la Editorial Beck la obra de este desconocido, y refugiado ahora en Suiza: "Este libro pone la palanca en el punto arquimédico de la decisión, con ello ya está fuera, o sobre la crisis misma, es simbólico ya por el hecho de su existencia, es ya su superación y su otra orilla" (Koktanek, "Oswald Spengler in seiner Zeit", 447, citando el saludo de Wolfskehl).

Aislado oficialmente y de muchos amigos, pero consagrado a sus trabajos sobre la protohistoria y sobre las "preguntas metafísicas", fallece de un paro cardíaco, en el mismo München, el 8 de mayo de 1936.

La influencia de Spengler ha sido, como se sabe, difusa pero inmensa, aunque siempre atacado desde las esferas académicas y desde la ortodoxia científica. Entre los historiadores actuales es una excepción un Franz Altheim, quien al estudiar la "pseudomorfosis" de los

árabes en el Mundo Antiguo, rinde un reconocimiento al "gran precursor" en la interpretación de estas culturas coaccionadas a expresarse en el lenguaje de formas de una cultura más antigua y prestigiosa. Toynbee, tan cuidadoso en señalar sus disensiones respecto de Spengler, declara sin embargo (IX, 165) que las preguntas y respuestas que éste planteó siguen abiertas, lo que implica, pensamos, uno de los más altos méritos científicos. Raymond Aron, en un coloquio sobre Toynbee en 1961, afirma que la teoría spengleriana es genial, pero que requiere un acto de fe para aceptarla, sobre todo para aceptar que cada cultura es un ente cerrado, sin intercambio real con las otras culturas. Para explicar entonces cómo puede él comprenderlas desde su situación como occidental, "debe recurrir al análisis estilístico, al análisis estético. Si no se puede comprender en profundidad las otras culturas, se puede al menos instituir una especie de morfología comparada, gracias a la cual un hombre como Spengler, dotado de un tacto genial... llega a comprender todos esos héroes históricos, incapaces sin embargo, de comprenderse unos a otros. El mérito y la ventaja de esta teoría es que ella se presta admirablemente a un análisis de estilo, que sigue siendo, según creo, la duradera adquisición de Spengler. Pues, partiendo de una idea falsa, por ejemplo que no hay ninguna especie de comunicación entre la matemática de los griegos y la de los modernos, lo que no es defendible, logra, sin embargo, descubrir el estilo griego en las matemáticas; es un caso extremo, muy sugerente. Si es poco defendible en el plano científico, en revancha, como hipótesis de trabajo para un análisis de estilo, la teoría de Spengler puede conducir a resultados admirables". Y Marrou, en el mismo coloquio, reconoce que debe mucho a Spengler, a pesar de que sus teorías sean en general falsas: "sus análisis son en general prodigiosos"; recuerda por ejemplo su concepción del espacio euclidiano, su meditación sobre el templo griego; su idea de la "segunda religiosidad" posterior a las religiones griega y romana; y en fin su idea de la Pseudomorfosis, que parece —dice Marrou— "la única capaz de explicar los valores propios del arte del Bajo Imperio".

En Chile, aparte de la impresión de Spengler sobre Alberto Edwards, que se conoce por sus artículos de 1925 y por su "Fronda aristocrática", hay que recordar que la lectura de Spengler, a través sobre todo de la admirable traducción de Manuel García Morente (1924), fue una de las grandes vivencias intelectuales del público cultivado durante las décadas del 1930 y del 1940.

MARIO GÓNGORA.